

MI HISTORIA INTERMINABLE CONTIGO, AMADA.

Todo empezó con una tímida sonrisa en un cine de verano.

Ese día fui por la noche con mis amigos y mis primos. Ese momento fue único. Lo recuerdo como si fuera ayer, tan sólo pasaron 50 años.

Aquella cálida sonrisa que me tiraste. Esos bellos cabellos castaños y esos ojos que con mirarme me lo decían todo.

Luego pestañeeé y me vi en un hospital contigo... y una hermosa niña que tú elegiste llamarla Laura. De pronto, pestañeo de nuevo y veo a la segunda niña a la que elegimos llamarla Rocío, y, luego, otro pestañeo y al fin un niño, Pablo, el más pequeño.

De repente, volví a abrir los ojos y vi que eran todo imaginaciones mías o algo así. Volví a ver a mis primos y a ella, la que me cambió por completo, Pepi, mi única esperanza. Pero, de pronto, me levanté del sueño. Estaba en mi cama. Vi tu rostro en las fotos y empecé a llorar. Sé que ya no te podré abrazar y darte besos.

Cerré los ojos y, en un segundo, se transformó nuestra cama matrimonial en tu cama de hospital vacía. Yo estaba ahí, viendo tus pertenencias sin dueño, pensando en por qué te tuviste que ir. Abro los ojos y veo a mi familia: Marta, Rocío, Laura, Pablo, Daniela, Marcos y Dahiana, la más pequeña de mis primos.

La vi y volví a escuchar tus dulces palabras diciéndome que Dahiana era muy pequeña para que tú te vayas; pero fui fuerte y no lloré.

Vi a mi familia y la vi a ella. Mi familia tiene una parte de mi amada Pepi.